

La verdadera poesía no es evasión

Homenaje a David Mejía Velilla

Editor: Bogdan Piotrowski



Serie: Valor y palabra



**Universidad
de La Sabana**

INSTITUTO DE HUMANIDADES
Departamento de Lengua y Literatura

Editor: Bogdan Piotrowski

La verdadera poesía no es evasión
Homenaje a David Mejía Velilla

Serie: *Valor y palabra*



**Universidad
de La Sabana**
Instituto de Humanidades
Departamento de Lengua y Literatura

La verdadera poesía no es evasión

Homenaje a David Mejía Velilla

Primera edición

Septiembre de 2006

© Universidad de La Sabana

Campus Universitario del Puente del Común

Km. 21 Autopista Norte de Bogotá

Chía, Cundinamarca - Colombia

(57-1) 861 5555 861 6666 Bogotá

www.unisabana.edu.co

ISBN:

978-98-5120-240-4

Editor

Bogdan Piotrowski

Coordinación editorial:

Oficina de Publicaciones Universidad de La Sabana

publicaciones@unisabana.edu.co

Diseño y diagramación

Gloria Inés Díaz-Granados

Impresión:

Publidisa

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio, sin autorización escrita de los editores.

Este libro fue procesado por primera vez en los sistemas de gestión
global de publicaciones de publidisa en mayo del 2010.

Contenido



Presentación

7

Un canto de David Mejía Velilla: Estación de Dios
Nelly Rocío Amaya Méndez

13

David Mejía Velilla, el hombre
Humberto Arbeláez Ramos

23

Carta al amigo David Mejía Velilla
Aurora Arciniegas

29

David Mejía Velilla, una continuidad americana
Luisa Ballesteros Rosas

35

Los días y las noches de David Mejía Velilla
en símbolos, imágenes y figuras
Jorge Mario Cabrera Valverde

53

La poética de la serenidad
Ángel Esteban

65

CONTENIDO

Los silencios de David Mejía Velilla

Juan María González García

77

Belleza e inconclusión en David Mejía Velilla

Rafael Jiménez Cataño

93

La poesía de David Mejía Velilla: una trayectoria vital

Cristina Maya

101

Recordando a David Mejía Velilla

Héctor Ocampo Marín

115

Mejía Velilla, creación y pasión

Omar Ortiz

125

Marta y María en la poesía.

Un coloquio con David Mejía Velilla

Helena Ospina

133

El Pequeño Eliot y el Gran David

Bogdan Piotrowski

143

Raíces literarias de David Mejía Velilla

Edilberto Quimbaya Gómez

169

CONTENIDO

La trascendente belleza de la verdad

Matías Rivas

181

Un David irremplazable

Flor Romero

201

El bosque literario de David Mejía Velilla

Victor Valembois

211

Semblanza de David Mejía Velilla

José Ramiro Velásquez Jiménez

231

Cuando la vida es poesía

Jorge Yarce

237

Presentación



LA PERSONALIDAD DE DAVID MEJÍA VELILLA era muy compleja y de riquezas insondables. Fue un eximio poeta, gran crítico, ilustre ensayista, muy estimado profesor universitario, ilustre académico, brillante abogado y canonista, ágil promotor cultural..., pero sobre todo una persona recta y amplia que siempre se dibujaba como un modelo de humanista. Su integridad fue muy admirada y despertaba confianza desde el primer momento de conocerlo y se asentaba en los que fuimos sus amigos. Su pensamiento se centraba en la persona dentro de la visión de la filiación divina. Pero también su actuación y sus relaciones interpersonales se guiaban incansablemente por este principio fundamental.

Fue un hombre universitario ejemplar. Profesor entregado al estudio serio, responsable que compartía con sus discípulos, con espíritu de servicio. Tuvo el privilegio de ser cofundador de la Universidad de La Sabana. Durante largos años rigió en esta Alma Mater las decanaturas de las facultades de Derecho y de Comunicación Social. Dirigió también el Instituto de Humanidades, del cual, en sus últimos años, fue asesor. Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, de la Real Academia Española, de la Academia Colombiana de Historia, de la de Educación y de la de Historia Eclesiástica. Durante varios periodos fue reelegido presidente del PEN-CLUB de Colombia y tesorero de la Unión de Escritores de América (UNEDA).

Reconocido periodista, fue columnista de *El Colombiano*. David Mejía Velilla estaba abierto a la realidad histórica, concreta. Una muestra muy dicente de ello es su desempeño, al principio como miembro del Consejo de Redacción y, des-

pués, como Director durante 15 años de la revista *Arco*. Sus artículos allí publicados comprueban su sensibilidad y su apertura al acontecer cotidiano e histórico. En el número 7 (marzo-abril, 1960), encontramos el texto titulado *Ecós de un discurso*, en el que comenta las palabras del Cardenal Ottaviani sobre la Iglesia del Silencio. En el número 10 (septiembre-octubre, 1960) publicó un amplio ensayo *Católicos y política*, donde reflexiona sobre el papel de los creyentes en las democracias contemporáneas. La revista *Arco*, número 12 (enero-febrero, 1961), anuncia que David Mejía fue nombrado su Director. Este joven de apenas 26 años con un cargo de dirección de tanta responsabilidad, asume su tarea de manera sorprendente. En el artículo *Nos matan a los campesinos*, publicado en el número 14 (mayo-junio, 1961), sus palabras iniciales y las que siguen demuestran un sincero compromiso social: “Hoy, 26 de abril, la prensa colombiana incluye en primera página esta noticia: “Asesinados en el Huila 16 campesinos”. A lo largo de estas columnas podemos ver el fervor y el dolor del joven periodista, la sensibilidad y la responsabilidad social, el sentido patrio y la concepción sobrenatural de la persona. Esta reflexión sobre la situación del país que lamentablemente puede ser aplicada a las circunstancias actuales termina: “Primero que todo, necesitamos que no caigan más campesinos asesinados (...) tome el gobierno las medidas SUFICIENTES (*sic*) para exterminar la violencia. No deje que se sigan desangrando los campos de Colombia (...) Nos están asesinando a los campesinos”.

No obstante, sobre todo, fue poeta y escritor, autor de una veintena de libros. En una oportunidad, un año antes de la muerte, David reconoció que su poesía, “de lo que Dios le ha dado”, era lo que más quería. Sostenía que un poeta tiene que ser para la sociedad sus ojos y sus oídos y ayudarle a descubrir el “paraíso perdido”. Consideraba que los poetas eran enviados de Dios, unos heraldos que cada época necesita. Afirmaba que

la poesía estaba en la vida ordinaria y que la vida debería estar en la poesía. Lo importante era descubrirlo. Ciertamente, era el designio de la providencia que David Mejía Velilla llevara el nombre del primer poeta de la Biblia, el Rey David.

Hemos citado anteriormente los fragmentos de su artículo para poder entender mejor su concepción poética, que consignó magistralmente en *Vitrales*, publicados en 1997. En sus páginas podemos leer:

*“La verdadera poesía no es evasión: es creación.
No es irrealidad, se afinca en la verdad”.*

Para David la vida era poesía. Pero cada uno tenía que saber cómo encontrarla. La felicidad humana se apoya en dos fundamentos: el sentido de la vida y la satisfacción de su realización. Esas son las circunstancias y las condiciones naturales de la persona. El poeta sostenía que el sentido de la existencia fue transmitido al hombre y que tenía que cumplirlo. David lo logró tanto en su vida como en su poesía.

Confiamos en que los pocos datos biográficos anunciados y los pensamientos fragmentarios del poeta antioqueño, logren despertar en los lectores que no lo han conocido el interés por su obra y su figura, y así justifiquen de algún modo este esfuerzo colectivo con el fin de promover su poesía muy meritoria y aún no suficientemente reconocida. El lector entenderá el porqué de este libro de homenaje. La presente publicación es el resultado de una gestión espontánea de sus amigos y del apoyo que las autoridades de la Universidad de La Sabana le han dado al homenaje que se rindió a la memoria de David Mejía Velilla en el Campus Universitario Puente del Común de la Universidad de La Sabana, el día 23 de septiembre de 2004 y a la edición de estas páginas.

En este volumen quedan incluidas algunas semblanzas elaboradas por sus amigos, prestigiosos intelectuales, pero la gran

parte de los textos corresponden a las ponencias de los académicos y profesores universitarios, quienes a través de sus investigaciones desearon divulgar a nivel internacional la excepcional obra de David Mejía Velilla. Muchos de ellos provienen de Colombia, pero también hay representantes de diferentes países en América y en Europa: Bélgica, Costa Rica, España, Estados Unidos, Francia, Guatemala, Italia, México, Panamá, Polonia y Suiza. En una ponencia, elaborada en París, la creación de Mejía Velilla es comparada y considerada como continuadora del camino de los adalides de la poesía latinoamericana, como José Martí, Pablo Neruda, César Vallejo, Gabriela Mistral y Octavio Paz.

En este sentido, se puede afirmar que la presente publicación recoge los frutos de la crítica literaria sobre la poesía de David Mejía Velilla, y además, constituye una invitación para conocer mejor y seguir investigando sobre su obra poética y, mediante ella, sobre la vida de los hombres. Porque, como lo afirmó el poeta en el poema *El poeta se limita a escribir el poema* de *El Pequeño Eliot*:

“Escribir es cosa de horas, a lo sumo de días o de años. Pero el poema es de siempre. Ha tenido su origen en ti, en mí, en él: pero como tú y yo, viene de lejos y de antes, de mucho antes de ese día en que, convencionalmente, solemos decir que nació. El poema surge, no nace. Aparece, no resulta. Lo entregas: a la hora de la verdad, no lo has hecho tú.”

Prof. Dr. Bogdan Piotrowski
Editor



*La poesía rodeaba diariamente
a David Mejía Velilla.*

Un canto de David Mejía Velilla: Estación de Dios



Nelly Rocío Amaya Méndez
Universidad de La Sabana, Colombia

ACASO NO EXISTA SOBRE LA TIERRA UN POETA que no busque, a su modo, el rostro escondido de Dios. Pero sólo a algunos les es concedido sellar su travesía con la sombra del Ángel que vela tras los pliegues del silencio para ir en busca de su destino y reencontrar así su identidad perdida: la de ser en armonía con su íntima esencia. Es el caso de David Medía Velilla, que nos revela en su poesía, a manera de meditación lírica hecha con metáforas vivas, esta búsqueda en confrontación con los paisajes de la vida y de la muerte, para adivinar en cada paso lo invisible como reflejo de un orden superior.

Ya Novalis (Alemania, 1772-1801) nos habló de la capacidad del poeta de representar lo irrepresentable, lo invisible y lo oculto de todas las cosas, dotando al poema de un especial misticismo que parece tener estrecha afinidad con la profecía y la religión. Pero, como aclara atinadamente Shelley (Inglaterra, 1792-1822), contrariamente a lo que vulgarmente se piensa no es la poesía atributo de la profecía, sino, más bien, la poesía atributo de la poesía, ya que el poeta, sin importar sus concepciones, el tiempo o el lugar en que se manifieste, tiene parte con lo eterno, con lo infinito y con lo único, pues su aspiración a la totalidad lo lleva a unir, elegir y reencontrar las leyes profundas de las cosas, en concordancia con las cuales debe ordenarse el universo.

Inspirada en el ámbito de la filosofía católica, *Estación de Dios** es un canto a la trascendencia del hombre que se eleva sobre la precariedad del mundo para reflexionar sobre los motivos y acciones que se producen en la naturaleza humana: vida y muerte, amor y soledad, tristeza, finitud y aspiración eterna, y reencuentro del camino que conduce a Él.

Como en el relato bíblico, el hombre es expulsado del paraíso para vagar por el desierto de la propia existencia y evocar con nostalgia los paisajes de la infancia que le hicieron presentir el rostro visible de Dios hasta que, cansado de su propio peregrinar, vuelve su mirada a la corriente de lo primitivo para recuperar la fe perdida y permitir la acción del Altísimo.

Retomando la lección de los místicos españoles como san Juan de la Cruz, cuya concepción ontológica del hombre halla a Dios en el profundo centro del alma presente como amor, llamado y espera, pero asimilando las lecciones de la poesía moderna de Rainer Maria Rilke o de T. S. Eliot, en su búsqueda se integra toda la naturaleza haciendo un relato alegórico a través del ciclo de las estaciones. Así el poeta observa todas las cosas, desde las más menudas y pequeñas de la naturaleza hasta las más portentosas, con conciencia de fraternidad, para adivinar el futuro con pensamientos que son germen de la flor que algún día se abrirá en lo íntimo de su alma. Y como T. S. Eliot en sus Cuartetos, su travesía retoma los símbolos de la cuaternidad arcaica de tierra, agua, aire y fuego, elementos que para el cristianismo son Dios, Dios Hijo, la Virgen y el Espíritu Santo, correspondientes al ciclo de la naturaleza, ascendiendo desde su propia geografía entre los paisajes de la memoria y el entresueño. Así el poeta se vuelve profeta al ser portador de la buena nueva y queda iluminado

* Poemario incluido en su libro *Canto continuo*.

por la fe y hermanado con la muerte como sombra animadora de su vida, lo que hace su tránsito más fácil, pues sabe que su camino hacia la eternidad tiene momentos de fatiga y soledad.

La primera estación es una remota primavera. Allí vemos al poeta niño festejando en su “jardín-hogar” su soledad. Es un jardín de rosas en el que

*una
muy roja
contrasta
con la misma luz,*

*con la vida
toda íntegra
que ha transcurrido
en el mismo
jardín.*

Así se dará la primera imagen del deslumbramiento que es germen de su búsqueda, matizada con el verde espacio de los árboles y las enredaderas. Es la primavera de la infancia en la que todos nos estremecemos con la imagen visible de Dios.

Pero luego vendrá otro tiempo en el que ocurra el acontecimiento de ruptura que dará paso a su peregrinar:

*Empiezo a recordar
qué tiempo
era aquél,
antes de la estación de Dios
.....
cuando
la flor
de la pequeña diamela
sucumbió.*

Así vendrá un tiempo blanco (“El sin tiempo”) de geografía indistinguible, limbo de la memoria y del olvido en el que apenas se recuerda el canto de alabanzas a la pequeña diamela, cuya precaria imagen es la llave para reencontrar el paraíso. Por eso la evoca constantemente como a un tesoro perdido: “La tersura de aquella flor, impensada: / vista sólo una vez / esperada / una vida y recordada en el resto del tiempo”, entretrejida en los paisajes de los pinos y los cielos que antes reflejaban en las niñas de los ojos las flores como el amor derramado que sólo festejaba el silencio en “Días de amor”.

Luego vendrá el comienzo de una época en que los ojos de tres años miran más allá de un tiempo y otro tiempo, sugiriendo diferentes planos temporales. Así se superponen los días de la “Mesa de Navidad”, en tiempos de Rosa Gutiérrez, donde sobresale un ramo diminuto de azahares, y los días de añoranza de aquellos nardos en floración continua en los que fulgura la blanca rosa (el tiempo primero, el alba del mundo) antes de la rosa roja.

Con la estación del sueño, el poeta interioriza el paisaje y, con él, la mirada. Allí se sueña el recuerdo y muy velada se esconde la criatura del pasar y pasar, en medio de un intenso verano. Las cosas, un vitral rojo y amarillo en el fondo o el piso de mármol que refleja los destellos de la luz, se vuelven vehículos de otro tiempo.

Pero luego vendrá “lo otro sin color y lo otro de ocre, bajo la tierra en primavera de raíces”. Es el momento en que el hombre arraiga en la tierra, se profundiza en el tronco, aunque también en las grietas. También es el momento en que se humaniza con el reconocimiento de otras presencias o voces que pasan en la noche como sombras bajo el último sol. Pero, en medio del mundo, las voces de la infancia todavía deliran y el poeta entona una elegía:

Corazón de tres años,

*quién
te auscultará,*

*quién
te recogerá
derramado en la tierra,*

*quien
volverá
por ti*

*al cabo
de pasar,
si te fuiste
en el agua
una tarde,*

*y otra más
en el viento,
a la estrella
a la soledad.*

Hasta que, pasada el agua, el viento de aire gris o la tarde blanca, el hombre se da cuenta de que la noche ya no es la dulce noche de los pinos, dando comienzo a su exilio, en el que el ser descubre la soledad como una madre huraña que sobrevive entre todos los tiempos y los rostros. Así queda suspendido en medio de su nada, que lo aparta de todo, y persiste en cualquier momento o estación, con cerezos y lluvias, piedras, voces, desnudándolo aun de sus propios sueños, pues ya no se puede soñar. Aquí un viento otoñal arrasa con las hojas, despojando la naturaleza y al hombre:

*Figuraos
que alguien
quisiera
despojaros
de Dios
hasta
los huesos:
por eso me marché
yo
de las voces.*

El corazón calla, sordo y ciego, despojado de sí mismo, y sobreviene la noche con el único fin de prepararlo para que experimente la acción benéfica de la luz. Y así vendrán la estación de la tierra y, con ella, la lluvia purificadora (“sube al sol como sahumero de rosas y lirios”), haciendo que el ser se sienta al abrigo de las hojas, comenzando la nueva floración en marzo, lo que da fin al exilio. Así, en la primavera, que también es símbolo del sacramento de la encarnación de Cristo sobre la tierra, las voces se concertan para repetir la voz de Él y celebrar el milagro que se cumple a su modo, siendo el poeta únicamente testigo de esto:

*Hemos concertado
las voces para decir: Él ha bajado
a la Tierra.*

*Y aún pregunto:
¿Era eso bajar? La Tierra
ha subido a Él,
porque
Él*

*la ha subido: ha subido
a Sí
a la Tierra.*

Sabemos que dentro del relato bíblico es María el medio por el cual se cumple la encarnación por ser, en palabras del poeta, fuente sellada que sólo puede ser sombreada por “Aquel que cierra / y nadie abre”. Pues, finalmente, todo parece ser conducido a aquel instante luego de la anunciación del ángel Gabriel.

*Era un aire
de todas
las primaveras,
purificado
cada invierno
desde el principio,
que amarillo
venía de las talas,*

*y en los veranos se escondía
en los océanos,
nuestro hermano, Gabriel*

.....
Él dijo: No temas.

Después sólo quedará el matrimonio espiritual de Él y su esposa María que permite la reconciliación de la naturaleza y del hombre con Dios, con lo que se cierra definitivamente el cantar.

*Aquello era encontrarse
porque Él
la vino a buscar*

*a Ella,
la sola,
la extraviada,
porque Él
vino
a acompañarla
de una vez
para siempre.*

De esta manera se cumple la obra de Dios en el hombre, quien, a través de la Redención, alcanza su plenitud espiritual dentro del ámbito perfecto y absoluto de Dios, cuya luz está siempre frente a nosotros vivificando todo a nuestro alrededor. Y el hombre, aunque sometido a la muerte, está destinado a la vida eterna, recuperando por la gracia su lugar en el Paraíso.

Sabemos que el mundo moderno no está regido por ningún ritmo cósmico o espiritual sino por el azar y que todo ese caos de fragmentos y ruinas se presenta como la antítesis de un universo teológico, ordenado conforme a los valores cristianos. Allí el hombre ya no es árbol ni planta ni ave, pues está solo en medio de la Creación y, cuando toca un cuerpo humano, no roza un cielo, como quería Novalis, sino que penetra en una galería de ecos.

Por eso, esta poesía sorprende por su teofanía religiosa, que es un llamado a la trascendencia en virtud del espíritu, por la poesía misma y la fe, otorgándole un significado al paso del hombre por la Tierra.



*Durante el homenaje a San Josemaría Escrivá de Balaguer
en la Academia Colombiana de la Lengua.*

David Mejía Velilla, el hombre



Humberto Arbeláez Ramos

Director Oficina de Información de la Prelatura del

Opus Dei en Colombia

LO PRIMERO QUE HAY QUE DECIR DE DAVID es que fue un hombre de fe. Se supo siempre hijo de Dios, y esta verdad gozosa iluminó toda su vida. Trataba a Dios como a su padre y se abandonaba confiado en sus brazos. Vivió fielmente su vocación cristiana en el Opus Dei a través del trabajo y los quehaceres ordinarios. Hizo de su vida un servicio para todos, siempre con la serenidad y la alegría que lo caracterizaron.

Lo que David quiso ser antes que todo característica por la que siempre deseó ser definido fue poeta. Sin embargo, de lo que hoy quiero ocuparme en este esbozo de semblanza, haciendo, si esto fuera posible, caso omiso de su obra, es del David ser humano. Quedan para la valoración de otros el humanista, el escritor, el jurista, el universitario, el académico, el historiador y, en general, el constructor de cultura que fue este hombre singular.

Hablar de David Mejía no es fácil. Fue tal su modestia, de tal sencillez fue su andadura, que aún después de haberse marchado parece invitarnos a poner sordina a su vida y a su fama. Pero deberes de lealtad y justicia me impelen a hablar, a poner en alto esta luz para que nos ilumine a todos.

De gran inteligencia natural y exquisita sensibilidad, supo exigirse y cultivar a fondo aquélla: “Debemos perfeccionarnos siempre”, solía comentar hablando del trabajo intelec-